



Revista de Estudios Sociales | Facultad de Ciencias Sociales | Fundación Social

Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Puyana García, Gabriel

Precisiones sobre el conflicto e inquietudes sobre el proceso de paz

Revista de Estudios Sociales, núm. 2, diciembre, 1998

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81511299011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Precisiones sobre el conflicto e inquietudes sobre el proceso de paz

Gral (r) Gabriel Puyana García*

" No hay mayor amoralidad que la de hacer creer que una cosa se realiza por el sólo hecho de desecharla".

Ortega y Gasset.

Introducción

Este concepto del pensador español en su escrito sobre pacifismo, que hemos tomado como epígrafe, resulta conveniente y oportuno para intentar corregir nuestra tendencia a pensar con el deseo y de inducir a otros a hacerlo, lo cual propicia frustraciones y desengaños frente a los choques contra la realidad.

El presente ensayo que escribimos por invitación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, pretende hacer algunas precisiones sobre el conflicto y expresar además nuestras inquietudes sobre el proceso de paz, para que en los posibles diálogos podamos llegar a hablar un mismo idioma que nos evite interpretaciones equívocas y contribuya a darnos claridad, a fin de no caer en ingenuidades que más tarde pudieran agravar la situación, ante las posiciones intransigentes de los interlocutores.

Signos positivos e impresión deprimente

El "Mandato por la Paz" de octubre del año pasado marcó un paso decisivo, no por los resultados prácticos que no podían esperarse, pero sí por el efecto que en favor de la solidaridad nacional y como rechazo a los violentos, produjo dicho plebiscito.

El primer contacto del doctor Ricardo con las FARC y posteriormente la entrevista del ya presidente electo con su cúpula subversiva, contribuyeron a reafirmar las expectativas y a generar un alto grado de credibilidad presidencial, por cierto muy menoscabada en el gobierno anterior y que con la audacia de su gesto, sirvió para demostrar que él habría de liderar personalmente la conducción del proceso.

Otro signo importante al menos en su inicio, fue la reunión en Alemania que produjera el llamado acuerdo

de Mainz. Sin embargo, la euforia con la cual en un principio se recibió la noticia, se fue desvaneciendo al conocerse el texto del documento y los comentarios del delegado del Ejército de Liberación Nacional, ELN, produciendo confusión y desconcierto, que a muchos nos causó una sensación dolorosa. Porque sin desconocer los patrióticos esfuerzos y las buenas intenciones de quienes fueran seleccionados por los mismos subversivos como representantes de la sociedad civil, vimos en ellos casi sin excepciones, una actitud de capitulación, que reflejó la imagen deprimente de una sociedad arrodillada y vencida, quizás por esa especie de complejo de culpa que a todos y a cada uno de nosotros nos corresponde reconocer en este drama que vive la república y en el cual tenemos nuestra cuota de responsabilidad.

Pero lo grave de esta primera sensación deprimente, no fue sólo la actitud arrogante y despectiva de los subversivos, sino la conducta claudicante de sus interlocutores que sin mayores reparos fueron aceptando los puntos que quedaron registrados en el documento final, así no tuvieran fuerza de compromiso para quienes los suscribieron.

El cinismo del delegado del ELN al pretender institucionalizar en el nuevo orden que ellos pregonan la práctica del delito del secuestro, nos produjo además de una gran desilusión, un sentimiento de rechazo que no podemos disimular.

Causas y peculiaridades del conflicto

Para facilitar los acuerdos, es necesario como punto de partida, buscar coincidencias de criterios que permitan reducir distancias entre los interlocutores. Desde el gobierno del presidente Betancur, vienen produciéndose toda clase de ensayos y de estudios académicos, difundidos en libros, foros y en toda clase de medios y eventos, sobre la etiología del conflicto. Entre la vastedad de las causas analizadas se han discutido aspectos de orden histórico, político, cultural, social y económico, pero¹ para simplificar esta compleja visión y facilitar el entendimiento y la claridad del asunto, nos atrevemos a expresar que en el fondo, sólo existen dos grandes causas esenciales que enmarcan a todas las demás: la injusticia social y la falta de autoridad del Estado. Al respecto queremos hacer las siguientes reflexiones.

La injusticia social

Para justificar la violencia y la agresividad de nuestras gentes, se ha pretendido explicar este fenómeno como

*Brig. General, en retiro, excomandante de la Brigada de Institutos Militares Guarnición. Bogotá, escritor, académico.

consecuencia de la injusticia social que padece Colombia y que nos muestra como una sociedad egoísta, carente de sensibilidad ante el dolor, signada por la codicia del dinero y por los abusos de los dirigentes.

Con lo anterior se intenta justificar cualquier medio de lucha que se emplee para corregir estas anomalías y casi sin apercibimos, en contradicción con nuestra moral cristiana, nos inclinamos a aceptar el principio de que el fin justifica los medios.

El conocimiento de nuestras realidades sociales, tanto dentro como fuera del país, produce la imagen de un Estado incapaz de resolver los problemas, el cual se ha convertido en protector de los poderosos y en agresor de los humildes, lo que dispone el ánimo en favor de quienes se presentan como los reivindicadores de los derechos de los marginados y así el Estado y los elementos representativos de éste, como es la Fuerza Pública, pasan a ser satanizados, mientras sus contradictores adquieren la aureola de nuevos "Robín Hood" que luchan en favor de los oprimidos. Justo es reconocer que Colombia heredó de España las estructuras de una nación señorial y de ahí que esta injusticia social venga desde la colonia. Siete años antes del 20 de julio de 1810, el virrey Mendoza al referirse a la Nueva Granada, expresaba:

Esto es una injusticia que no puede durar mucho tiempo y me parece que llegará el día en que los jornaleros, impongan la ley a sus señores y estos se vean precisados a hacer partícipes de su ganancia a los brazos que ayudan a adquirirlas.

Con razón un escritor latinoamericano dijo sobre la emancipación que "sólo había sido un cambio de fraile, porque la muía siguió siendo el pueblo".

Esta injusta distribución de la riqueza ha contribuido a generar conflictos sociales por cuanto el liderazgo político no ha sido capaz de crear condiciones de desarrollo y de progreso para todos los colombianos.

Por su parte, los grupos subversivos pretenden aparecer como los forjadores de un nuevo orden que corrija las injusticias existentes, con la ilusión de que una concepción política, sustentada en ideologías ya revaluadas por razón de sus estremendos fracasos, sirva de panacea a los anhelos de cambio que todos compartimos. Dicho en otros términos, para la subversión colombiana "aún no se ha caído el muro de Berlín y se continúa dentro de la Guerra Fría"; por eso todavía miran en el modelo cubano y quizás en el de la China Comunista un ejemplo de redención para nuestro país en contradicción a nuestro sistema democrático, que nace con la república por el triunfo del Ejército en los campos

de batalla de la guerra magna y el cual todos debemos contribuir a mejorar y transformar para hacerlo digno de ser defendido, pero no a derrumbarlo con el afán iconoclasta de una lucha fratricida que no tiene razón ni sentido.

Cuando dentro del nuevo orden mundial ya no es posible obtener la ayuda externa para la lucha revolucionaria, porque ha desaparecido la confrontación ideológica Este-Oeste, los alzados en armas han tenido que recurrir a sus propios sistemas de financiación para sostener su "guerra" bajo el criterio de la validez de todos los medios y ello los ha llevado a caer continuamente en la acción delictiva y en el contubernio con el crimen organizado de los alucinógenos, lo cual los confunde con los delincuentes comunes, así pregonen una y otra vez sus presuntos fines altruistas que se contradicen con sus actividades criminales. Al respecto, el General Rafael Uribe Uribe, alguna vez afirmó: "No hay guerrilla que no degenera en banda de forajidos".

Infortunadamente, la corrupción que sufrimos ha contribuido a legitimar la acción de la guerrilla así nos parezca absurdo decirlo y, además, el auge del narcotráfico con su innegable vinculación al movimiento subversivo, le da al conflicto colombiano un carácter singular que lo hace diferente de otros de Latinoamérica. Debido a diversos factores y circunstancias, ha hecho de la subversión un instrumento de lucro criminal, mediante la ejecución de los delitos más atroces, como son el secuestro, la extorsión, el chantaje, el magnicidio, las masacres, todos ellos proscritos por las normas del Derecho Internacional Humanitario. Delitos éstos que jamás podrán justificarse como medios para financiar su aparato político y militar, porque ningún ideal -si es que existe-, puede sustentarse sobre la acción perversa de quienes pretenden encarnarlo.

.....

La falta de autoridad del Estado

Al estudiar los conflictos de otros países, no obstante sufrir más hondas injusticias sociales, se descubre que los índices de violencia son mucho menores que los nuestros, lo cual nos hace pensar que existen muchas otras causas, además de la injusticia social que motivan nuestras , conductas violentas.

De variados estudios e investigaciones se ha podido establecer que los mayores porcentajes de víctimas, no son los causados por los grupos en armas en las áreas rurales, así sean los que más impacto causan por la publicidad de los medios de comunicación. En el libro de los llamados violentólogos, **Colombia, Violencia y Democracia**, desde 1985 se precisó que sólo el 7.51% de las víctimas resultaban por acción directa de dichos grupos. Desde entonces se afirmó que "mucho más que las del monte, las violencias que nos

están matando son las de la calle". Una década más tarde, la Comisión de Conciliación Nacional, en su documento básico Hacia la estructuración de una política nacional permanente de paz—Aportes para un debate reajusta esta cifra en un 14 % y expresa que el otro 86% "lo pone la cotidianidad al margen de la guerra".

Obvio es entender que, si se disminuyera el choque entre los distintos actores de violencia, estos índices serían menores, por cuanto nuestros múltiples conflictos están muy estrechamente relacionados entre sí. Empero, es de aceptar que un proceso de paz exitoso con las guerrillas y con los paramilitares, no habría de garantizar que la violencia llegara a desaparecer, por cuanto día a día los índices de criminalidad se incrementan más debido a la impunidad que incita a las conductas delictivas.

Para darnos una idea de lo que esta criminalidad significa, nos valemos del análisis comparativo que respecto a otros países hiciera el politólogo Francisco de Roux, (transcrito por el doctor y catedrático Rodrigo Escobar Navia en un reciente ensayo sobre estos temas), del cual resumimos algunos datos: así por ejemplo, si los homicidios cometidos en 1960 en varios países, se hubieran realizado al mismo ritmo de Colombia, por cada uno perpetrado en Inglaterra, hubieran llegado a 48 y en Noruega a 86; los 1.500 en el Japón hubieran sido 79.000, las 1.474 personas asesinadas en Indonesia hubieran resultado en 145.597, las 786 de Egipto hubieran correspondido a 41.396 y en China las 11.330 víctimas se habrían convertido en 889.910 en nuestro país.

Si bien es cierto que esta asombrosa criminalidad obedece a diferentes razones y circunstancias, esa impunidad reconocida en un 98% por los mismos organismos judiciales, no es sino el reflejo de un Estado débil, incapaz de hacer respetar la ley y de ejercer la justicia y esta situación vergonzosa indica a su vez la falta de autoridad del Estado para mantener el orden y cumplir su básica razón de ser, que no es otra que la de proteger y garantizar la vida de sus habitantes.

Y esta falta de potestad, obedece a la carencia de los fundamentos éticos y morales que tanto los dirigentes (en especial la clase política), como los gobernantes, han venido perdiendo al haber supeditado su función de servidores a la de usufructuarios de sus propias prebendas personales o de sus intereses egoístas de partido cuando no mezquinos, pues la legitimidad de un mandato no se desprende de su elección popular en comicios frecuentemente cuestionados y normalmente

manipulados, sino en la actitud decorosa, eficiente y proba de quienes ejerzan el poder en bien del interés colectivo de todos los ciudadanos y de los objetivos de la nación.

Esta realidad muestra la quiebra de nuestro sistemé judicial como factor que induce al delito, pues el malhechor potencial, como el que se ha acostumbrado a serlo, sabe que solo tiene un 2 % de probabilidad de llegar a ser sancionado y de ahí la proliferación de los antisociales comunes y de los que pretenden ser delincuentes políticos.

De lo anterior se infiere que el proceso de paz, no solo debe buscar el término del enfrentamiento armado, sino reforzar la autoridad y la justicia para garantizar la convivencia entre los habitantes del país y para que la sociedad recupere la confianza en el Estado y en el gobierno. Bolívar lo expresó claramente:

Para que un pueblo sea libre se requiere de un gobierno fuerte, que lo libre de la anarquía popular y del abuso de los grandes.

Reconozcamos que sin autoridad, no hay democracia posible.

¿Guerra o delincuencia?

Hasta 1996 acostumbrábamos a plantearnos esta disyuntiva de ¿Guerra o Delincuencia?, por cuanto el accionar de los grupos guerrilleros y de los paramilitares, con muy raras excepciones, se manifestaba básicamente por una actividad delictiva y no de combate, así fuera dentro de la guerra irregular.

Los llamados operativos militares, con los cuales los subversivos o los paramilitares pretendían demostrar una supuesta capacidad de combate, eran en su gran mayoría actos de bandolerismo, similares a los de la década del sesenta, cuando aquellas cuadrillas de maleantes cayeron abatidas por la Fuerza Pública y la paz volvió a casi todo el territorio nacional. Estos desmanes de terrorismo y sabotaje más propios de forajidos que de guerrilleros, como los secuestros, las extorsiones, las vacunas, la destrucción de las infraestructura nacional, los asesinato selectivos, los carros bombas, las masacres de civiles inermes, nos acostumbraron a decir peyorativamente Estamos en guerra! pues el número de víctimas justificaba este calificativo, pero en realidad, y ante todo, ésto era el desbordamiento delincuencial que aún estamos sufriendo.

La subversión se aprovechó de la debilidad del estado y de los gobiernos de tinte populista que fueron otorgando a los alzados, la condición de "Alta Parte en Pugna" como si se tratara de una guerra entre estados o contra ejércitos en rebelión, como ocurriera en nuestras guerras civiles, en las cuales se libraban batallas campales tipo "Palonegro" y los dos adversarios repudiaban por igual a los delincuentes comunes. Por la comprobada vinculación de algunos frentes guerrilleros con el narcotráfico y por sus conductas criminales, varias naciones los han calificado de terroristas y de bandoleros tanto a los subversivos como a los paramilitares y en nuestro país bajo la misma justificada impugnación, los gobiernos establecieron sistemas de recompensas por la captura de sus cabecillas. Por su parte, los altos mandos militares les negaron a los subversivos cualquier tipo de agenda política.

De lo anterior surgió una apreciación equivocada pues, si efectivamente el accionar de las guerrillas continuaba siendo delincuencial, las inculpaciones en contra del gobierno del doctor Samper que a la postre resultaron ciertas, como nuestras criticables estructuras socio económicas, sumadas a la corrupción administrativa y a la continua violación de los derechos humanos, fueron cuestionando la legitimación del Estado colombiano. Circunstancia ésta que ha venido siendo aprovechada por la subversión para lograr un decidido apoyo internacional, no sólo en contra el gobierno de turno, sino de nuestro sistema político que ha mostrado sus debilidades, sus brechas y sus lacras, por lo que bien merece ser cambiado.

Pero con la emboscada de Puerres a principios de 1996 y meses más tarde con la toma de Las Delicias, la guerrilla empieza a cambiar sus procedimientos y tácticas. Dentro de los dos años siguientes con los combates de La Carpa, la toma del cerro Patascoy, los ataques de El Billar, el Caguán, y últimamente a la base de Miraflores y a Pavarandó, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, demuestran una innegable capacidad militar, que ha sido explotada en el campo de la propaganda política, como sucedió con la entrega de los soldados capturados en Las Delicias. A pesar de estos reconocidos éxitos militares, las guerrillas no han cesado en sus prácticas terroristas, pues este es el tipo de guerra "sucia" que estamos librando, como se demuestra con el sólo hecho de que los subversivos se cubran el rostro, como lo hacen los bandidos para no ser descubiertos, lo que no ocurre entre soldados

Lo anterior lleva a pensar que la subversión, especialmente en el caso de las FARC, con los ingentes recursos económicos de que dispone y con el incremento de su capacidad combativa y su experiencia de varios lustros, está llegando a esa etapa decisiva en que se pasa de la acción irregular a la guerra de movimientos (no de posiciones como equivocadamente la llaman algunos periodistas). Es decir, que habrán de continuar tras de su objetivo político nunca disimulado, que es la toma del poder para implantar una democracia popular, para lo cual no se requiere de un triunfo militar decisivo, por cierto difícil de lograr, pero que sí podría obtenerse mediante acuerdos que se logren en una negociación, ante la actitud derrotista y claudicante de un Estado pusilánime y de una sociedad civil temerosa e incapaz de defender sus propias convicciones. Debido a esta naturaleza peculiar del conflicto, un proceso de negociación, con la bien intencionada "Humanización de la Guerra" merece un análisis objetivo que nos libre de apreciaciones candorosas y de errores que por nuestra ingenuidad, podrían agravar la confrontación haciendo más lejana la posibilidad de la paz, como ya empieza infortunadamente a vislumbrarse con estas primeras aproximaciones e intentos.

La negociación

Nada más grave para una nación que sumirse en una guerra de estrategia prolongada por cuanto se va acabando no sólo con la vida de los contendores armados, sino con la de gentes inocentes y destruyendo por el terrorismo y el sabotaje la infraestructura económica del país, con los consiguientes daños irreparables al ecosistema. Como militares sabemos que la guerra no se libra únicamente en los campos de combate, muy escasos por cierto en esta clase de conflicto "sin frente y sin fronteras", sino que abarca otros espacios, como el político, el social, el económico y el diplomático, por lo cual para ahorrarle males al país, somos partidarios de la solución negociada.

Pero lo fundamental para que la negociación pueda darse y sea conveniente a los intereses de la patria, es • tener la certidumbre de que las partes entran a negociar con la decidida y honesta voluntad de alcanzar la paz y no como un medio para prolongar la guerra y obtener la victoria a cualquier precio que sea, dentro del pregonado concepto de la validez de todos los medios de lucha.

Desde el gobierno de Betancur, el país ha venido buscando afanosamente la posibilidad de esa

negociación, que sólo tuvo éxitos parciales con el Movimiento 19 de abril, M-19, el Ejército Popular de Liberación, EPL, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT y el Quintín Lame, pero no con los dos grupos más importantes. Al respecto debe recordarse que en abril de 1982, cuando ya se había logrado una tregua con las FARC, dentro de la negociación iniciada, al ser entrevistado su máximo líder Manuel Marulanda (Tiro Fijo), por los periodistas de la televisión francesa difundió textualmente ante todo el mundo, entre otros, los siguientes conceptos:

Tenemos calculado que nosotros podríamos llegar en una primera etapa, que sería la primera ofensiva, según nuestros diseños, a unos cuarenta mil hombres para tomar parte del territorio nacional y formar un gobierno provisional.

La segunda ofensiva esta calculada en cien mil hombres para llegar a la toma del poder, no solamente sobre la base de que sean cien mil hombres, sino que ellos deban contar con un apoyo político de la mayoría del pueblo colombiano, de la clase obrera, de conservadores, de liberales, de muchas gentes que quieren el cambio.

Debemos contar con todos para realizar esta ofensiva y derrotar definitivamente el sistema.

Y de estas declaraciones, el periodista interpretó con exactitud el pensamiento y el deseo del jefe guerrillero así: Tomar el poder y derrocar el sistema, se trata de ésto y la tregua no ha modificado el objetivo. Después de catorce años, los hechos han demostrado que la guerrilla ha sido coherente en sus planteamientos y que la tregua de aquella negociación, sólo fue para reforzar su aparato militar y poder ampliar su dominio territorial y así continuar la guerra en busca de su objetivo político.

Con los éxitos que últimamente las FARC han tenido en todos los campos, quedaría por establecer si en verdad les interesa la negociación para lograr la paz, o simplemente para obtener un escenario diplomático que les permita mediante manipulaciones y subterfugios apoyados por el terror en el seno de una asamblea constituyente, realizar sus aspiraciones, como ya ocurrió en 1991 con el narcotráfico respecto a la extradición y más cuando se evidencia el miedo de una sociedad civil aterrorizada, dispuesta a lograr la paz a cualquier costo que fuere.

En cuanto al ELN, su actitud ha sido más clara y preocupante. El Ejército Nacional con ocasión de la "Convención Camilista", efectuada en septiembre de 1990, incautó una serie de documentos importantes de los que se transcriben algunos apartes:

La negociación, la diplomacia es una parte de la guerra; una continuación de la guerra... A la Mesa de Negociaciones, acudimos para presentar el proyecto global y las reivindicaciones: particulares que estamos peleando en los campos de batalla. Utilizamos este escenario para hacer conocer

nuestros objetivos a la comunidad internacional y sectores a los cuales no tenemos acceso directo.

La primera condición es avanzar en unidad; que tenga mayor peso el interés estratégico que el coyuntural; la segunda condición es la acumulación revolucionaria de fuerzas sobre la base de la unidad y que la actitud ofensiva se muestre capaz de imponer condiciones a la negociación con el enemigo. La tercera condición es que logremos la participación de organizaciones políticas y sociales de las masas.

Una propuesta de negociación es sólo un factor de táctica..«í Podemos hacer ceses temporales en los ataques a ciertos objetivos específicos, podemos hacer ceses generales en tiempos cortos, pero en ningún momento se debe dejar establecer la premisa de la desmovilización y el desarme. Tampoco debemos dejarnos imponer treguas unilaterales como condición para iniciar negociaciones.

Si bien es posible que estos planteamientos hechos años* atrás, puedan haber sido revaluados, con sólo conocer los acuerdos de Mainz y la posición radical del representante del ELN, se comprueba que aún siguen vigentes estas pautas, lo cual hace pensar que su "negociación" no tiene el propósito de encontrar la paz, sino simplemente de continuar la guerra que están librando contra el Estado colombiano, sin que la sociedad civil y en el país tomen conciencia de ello.

Es oportuno hacer notar, que el uso de la negociación como táctica o como medio auxiliar para seguir la guerra no tiene nada de original. Desde la época de Lenín, el Mariscal ruso Shaposhnikov, impregnado en, el espíritu de Clausewitz, supo adaptar su tradicional concepto sobre la política y la guerra, en estos términos;

Si la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios, la paz no es a su vez, sino la continuación de la lucha por otros medios diferentes.

Kissinger en su obra Diplomacy al referirse a las argucias y habilidades del representante de Vietnam del Norte, Lo DucTho, en las conversaciones de París llegó a la conclusión de que "las guerras de guerrillas no se hacen para llegar a acuerdos, sino para que haya Vencedores y Vencidos".

El triunfo final en una confrontación armada, no se logra simplemente por medio de las armas, sino por la diplomacia en las mesa de negociaciones. Para fundamentar esta aseveración, recordemos que si los americanos han demostrado capacidad para combatir, en las negociaciones han sido débiles, quizás por su ingenuidad. Así lo reconoce el general Mark Clark en su libro Las decisiones de la debilidad al explicar cómo y por qué se produjo la Guerra de Corea.

La humanización de la guerra

Por todo lo anterior, "Humanizar la Guerra" no pasa de ser sino un noble propósito que se convierte en entelequia, debido

a que el conflicto que vivimos por su modalidad de guerra "sucia", es más de carácter delincuencial que de orden militar por ser esencialmente violatorio del derecho humanitario y de los derechos humanos.

A este respecto el Doctor Hans Peter alto funcionario de la Cruz Roja y miembro permanente del Comité Internacional de la Cruz Roja, CICR, expresa:

En el ámbito del Derecho Internacional Humanitario, el terrorismo y los artos terroristas están terminantemente prohibidos en toda circunstancia y sin excepciones. Nada justifica los actos terroristas o la tortura, la violación indiscriminada, o las desapariciones forzadas, la toma de rehenes o cualquier otro atentado grave contra la dignidad. Por ello cualquiera que sea la gravedad de los disturbios internos o de las tensiones de un país, hay ciertas normas del Derecho Internacional Humanitario escrito o consuetudinario que deben ser respetadas por todos. Ni la responsabilidad del gobierno de mantener o restablecer el orden, ni ningún motivo que puedan invocar quienes se oponen a las autoridades, justifican la violación de estas normas.

El acuerdo de Mainz dejó en claro que el ELN con el pretexto de financiar su lucha habrá de continuar con sus secuestros que llama retenciones, un tanto restringidos por edad y otras razones "humanitarias" que pretende que se le agradezcan y se le reconozcan como muestras de buena voluntad en favor de la paz.

En una guerra regular entre soldados, en la que no se actúa con los rostros cubiertos, la humanización sí se puede cumplir. Pero en esta guerra irregular, donde se acostumbra declarar como objetivos militares a personas inermes para justificar su asesinato, donde la "lucha heroica" consiste en el empleo de minas "quiebra patas",

carros bombas, masacres de gentes inermes, extorsiones, sabotajes y el más atroz de los delitos como es el secuestro, es imposible de humanizar. Por cuanto quienes así actúan no pueden ser sujetos del derecho internacional humanitario, pues su conducta, en sí misma, es la negación de ese derecho que falazmente invocan. Porque les conviene para su propaganda internacional y para mostrarse como respetuosos de las normas que continuamente infringen. Infortunadamente el terrorismo en los últimos tiempos se ha convertido en eficaz arma de presión política (de no ser así no existiría el Estado de Palestina y muchos otros más) pero nunca será posible humanizar el terrorismo que es la modalidad en esa clase de guerra sucia. La loable intención de humanizar el conflicto, lo único que consigue es reconocer

a los subversivos la razón de emplear la violencia como arma política y por tanto aceptar que no es posible dirimir el problema por medios pacíficos.

En nuestro sentir, lo importante no es reglamentar la forma de seguir matándonos, quizás con menos sevicia, sino encontrar la manera de parar este desangre que no tiene ninguna justificación y que obedece más a la insana de quienes se empeñan en continuarlo ya sea para lograr sus objetivos políticos o por motivos de lucro criminal sin que les importe la suerte del país y en particular del pueblo que presumen de representar y de defender y que es el que más sufre estos crueles efectos.

Conclusiones

1. Dialogar en medio de la guerra se acostumbra y es aceptable en conflictos convencionales, donde hay teatros de operaciones y frentes definidos de combate, pero no en la guerra irregular donde se combinan las acciones militares con el terrorismo criminal que puede originar graves reacciones en contra de las posibilidades de la paz.

2. Si últimamente la subversión, especialmente las FARC, ha demostrado su fortaleza y su capacidad militar, no puede por ello presumir de vencedora ni asumir posiciones arrogantes, como tampoco puede hacerlo el Ejército, pues lo cierto es que nadie está ganado esta guerra, sino que la está perdiendo todo Colombia.

3. Como lo expresa David Galula, célebre escritor francés,

la lucha entre un Ejercito regular y una guerrilla, es la misma que ocurre entre un león enjaulado y unas avispas que lo pican todo el día; ni las avispas acaban con el león, ni la fiera con las avispas.

Este símil muestra lo absurdo de esta lucha sin fin que está destruyendo la patria.

4. La Guerrilla sólo podrá merecer credibilidad cuando ajuste sus peticiones a razonamientos lógicos, pues nadie puede comprender que para sentarse a negociar requiera de 40.000 kilómetros cuadrados y ello

da base para desconfiar de sus verdaderos propósitos y de sospechar de sus vinculaciones con el narcotráfico.

5.-Pretender que para alcanzar la paz, debe acabarse primero con la injusticia social, es hacer que la tragedia continúe indefinidamente, pues sin desarrollo no será posible el cambio social que a su vez dependerá del logro de la paz.

6.-El respeto y la defensa de los derechos humanos debe ser el fundamento del empleo de la Fuerza Pública, pero no se puede aceptar la politización de estos derechos con un sentido utilitarista y discriminatorio, como se ha venido haciendo en contra de la verdad mediante ardides y falacias que se aprovechan tanto de la ingenuidad como de la ignorancia de muchas gentes de buena voluntad nacionales e extranjeras.

7.-La "Guerra" no es entre militares y subversivos; es contra la nación, porque el Ejército es parte substancial de la nación misma y de lo que se trata es de imponer por las armas y por la acción criminal, una concepción diferente del Estado que hemos defendido y en cuya lucha, las víctimas las pone generalmente la población civil. Sobre esta realidad debe analizarse, si se debe o no, ser neutral.

Recomendaciones

1.-Desde el inicio de las conversaciones debe establecerse claramente el tipo de Estado que se aspira lograr, precisar la agenda por discutir y comprometerse a que las reformas constitucionales o la nueva carta, serán sometidas a un referéndum nacional para su aprobación, a fin de evitar presiones terroristas sobre los constituyentes.

2.-No podrán aceptarse fraccionamientos del territorio nacional, ni tampoco partidos o movimientos

políticos con brazos armados, pues para obtener y consolidar la paz es indispensable recuperar el monopolio de la fuerza por parte del Estado.

3.-Para empezar las conversaciones, debe contarse con una comisión conciliadora integrada por delegados de los organismos internacionales y de los países amigos, que además de su tarea mediadora y de verificación de los acuerdos, facilite el entendimiento de las partes durante todo el proceso y la no interrupción de éste.

4.-Simultáneamente con el proceso de paz pueden irse adelantando los programas de reestructuración de las Fuerzas Militares de acuerdo con los objetivos nacionales de la seguridad externa e interna, pero no por la imposición de los grupos subversivos.

5.-Pensar que en un estado grave de conmoción interior como el que vivimos, se deba terminar con la obligatoriedad del servicio militar es acabar con el Ejército y arriesgar con ello la supervivencia de la república. Se requiere es modernizar este servicio, con la eliminación de las diferencias y las prebendas de tipo social que no deben existir.

6.-Los planes de la reingeniería de las Fuerzas Militares deben salir de los Estados Mayores y de sus Centros de Estudios Académicos, con la deseable asesoría de expertos en estos temas y no de artículos de los ocasionales estrategas de periódico.

7.-Los militares deben ser parte activa en los diálogos, pues por pertenecer a la nación les corresponde velar por la supervivencia de la república democrática, ser garantes de los acuerdos y responder por la seguridad de los interlocutores para que no sea necesaria la presencia de individuos armados en los escenarios de la negociación.

Palabras finales

Reiteremos nuestra convicción de que al país le conviene la solución negociada, siempre y cuando dicha negociación sea para encontrar la paz y no para continuar la guerra. Al respecto recordemos la frase de Churchill al regreso de Chamberlain de Alemania : "**Una paz a cualquier precio es una guerra perdida de antemano**". Y continuemos con tesón en la búsqueda de la paz, pero sin olvidar las palabras de Rodó que hemos repetido en varias ocasiones:

Querer la paz por temor a la guerra es condición miserable de los pueblos que no tienen en si mismos la garantía suprema de su persistencia y de su dignidad.